

La espera

Crónica de una traición

Diana Irene Blanco



La Pampa lee

Imagen de tapa: Reproducción de la obra original *Sin Título IX*, de Cristina Prado, grabado aguafuerte -aguatinta. Museo Provincial de Artes de La Pampa.

"La espera" y "Crónica de una traición" de Diana Irene Blanco
© Diana Irene Blanco
Publicados en *Cuentos para la hora gris*
por el Fondo Editorial Pampeano, Santa Rosa, La Pampa, 1998

Colección: "La Pampa lee"
Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2005

LA ESPERA

Diana Irene Blanco

Le pareció oír unos pasos cercanos, Matilde se asomó al corredor pero sólo vio sus cuatro gallinas flacas, de larguísimos cuellos y patas amarillas, secas, cuarteadas como la tierra del patio donde picoteaban algunos granos de maíz.

Siempre la inquietaba ese ruido apagado, monótono, de alguien que caminaba pausadamente hacia su puerta. Después de dudar un instante, volvió a la cocina, terminó de sujetar el atado de acelga recién cortada y lo guardó en la bolsa junto a la docena de huevos que luego vendería en el almacén de don Humberto a cambio de un kilo de maíz y un paquete de arroz.

Estaba lista para bajar al pueblo con su cabello apagado por el pañuelo color naranja que le otorgaría, seguramente, la apariencia de una extraña margarita moviéndose bajo el sol que ya calentaba las piedras lustrosas del camino espinado de caldenes.

Sacó, por último, de un cajón del ropero un papel manoseado y sucio. Lo guardó en el bolsillo de su vestido, después de doblarlo con cuidado. Cerró la puerta, escondió el frío de la llave debajo de la maceta de los geranios que sangraban tímidamente en el calor de las chapas del techo del corredor y emprendió su visita mensual al pueblo.

El polvo fino y liviano se pegó al silencio casi majestuoso, infinitamente lejano de aquella figura endeble, menuda, que avanzaba dueña de una secreta fibra de árbol en pie.

Delante de sus ojos ranurados por la luz poderosa del sol, se arrastraba la larga cicatriz de un camino despeleado y sinuoso. La soledad umbrosa de las torcasas golpeando el tambor de seda de sus plumas grises flameaba en el aire espeso de la tarde. De cuando en cuando, los cardos

en flor levantaban sus puños violetas para saludar a aquella solitaria mujer, envuelta en una nube de polvillo blanco que, elevándose como tenue incienso, giraba alrededor de su imagen de sacerdotisa en camino hacia su sagrado templo.

Don Humberto la vio partir de su almacén conociendo su destino: la comisaría. Matilde, en un gesto de respeto y hasta de recogimiento como sólo lo pueden hacer los seres transparentes que rozan la santidad, descubrió su cabeza y apretujó el pañuelo entre las manos cuando se detuvo delante del comisario. Un momento antes le había entregado el papel que guardaba celosamente en el ropero. No pudo pronunciar una sola palabra. Siempre le ocurría lo mismo cuando entraba al despacho apenas iluminado donde flotaba un fuerte olor a tabaco negro y agrio sudor. La mujer revolvía sus ojos, mirando las paredes, cada una de las manchas de humedad; fijaba la vista en los botones del uniforme del comisario, mientras éste leía con marcado desgano el miserable papel y sorbía con ruido la bombilla de un mate aguachento.

Unos años atrás, por expreso y conmovedor pedido de Matilde, el maestro del pueblo había trastocado ordenadamente en escasas palabras todo el tumulto hondo, doliente, infinito, que se retorció implacable en sus entrañas como punzantes raíces oscuras.

Una mosca enorme y verdosa voló inesperadamente desde la azucarera a la mano derecha del comisario quien sacudiendo con fastidio el papelucho le dijo:

-Vea, doña Matilde. Yo no le puedo decir nada... Su muchacho debe haber quedado allí... como un valiente... ¿me entiende?

.....

-Quiero decir... ofreció su vida.... como un héroe, por la patria, ¿sabe? y ...bueno, usted tendría que estar orgullosa.

.....

-Si tenemos alguna información, le avisamos. Vaya, vaya tranquila, doña Matilde.

La mujer tuvo, de súbito, la sensación de que el zumbido del ventilador de techo crecía y crecía hasta aturdira y ahora era un inmenso insecto pegajoso que caminaba por sus manos y por su cara humedeciéndolas con su saliva fría y repugnante. Caminó a tientas, contenida, por el largo pasillo hacia la salida, como si alguien la hubiera obligado a cruzar un peligroso pasadizo cubierto de hielo. En la vereda, se dio cuenta de que había arrugado, juntos, al pañuelo y al papel escrito por el maestro. Los guardó en la bolsa y tragó con esfuerzo algo que estaba allí, como una piedra seca en su garganta, aunque para Matilde, bien lo sabía, era nada más que una lágrima vieja, enorme, inamovible. Una lágrima hecha de partículas y partículas de un llanto antiguo, inmemorial, perpetuo.

Ya no levantó polvo en el camino de regreso, ahora despertaba las sombras musgosas que tapizaban blandamente la tierra callada. En las pupilas dilatadas de las aves nocturnas se multiplicó la figura imperceptible de Matilde. Bien alto, en un cielo calcáreo, azulado, colgaba como un goterón de vidrio el primer lucero del atardecer.

Cuando llegó a su casa, sus cuatro gallinas dormían encimadas en las ramas de los tamariscos. Entró en el dormitorio y encendió el candil de kerosene que, en unos pocos segundos, metió como una vergüenza toda la oscuridad por debajo de las patas de los muebles simples y rústicos. Un débil resplandor dorado trepó por las paredes pintadas con cal y cinceló los rasgos contraídos de Matilde donde el dolor tatuaba su carga impiadosa de siglos. La mujer depositó sobre la cama la pesada bolsa que se abrió, doblegada, mostrando los apretados granos de maíz, transformados, por la tenue luz del candil, en burdos y opacos rubíes.

Sentada sobre el blando lecho Matilde alisó pensativamente contra sus rodillas, el papel estrujado; luego, dominando un gran cansancio, se puso de pie y lo guardó, bien doblado, como quien guarda el ala quebradiza de una mariposa, en el segundo cajón del ropero.

Los ojos serenos, líquidos, de una virgen enmarcada, la misma que lloraba idénticas lágrimas, la vieron salir al corredor. La noche ya había fundado su efímero campamento de espectros inquietos escurriéndose por la roldana del aljibe, por el agua de plata olvidada en el balde y entre el fuego desvelado de los geranios. El leve relámpago de luz que se asomaba desde el candil rompía, por un instante, el hechizo gamuzado del patio.

Matilde se sentó, esta vez, en el banco de madera, bajo el oscuro y angosto corredor. Cerró los ojos, entrelazó las manos y la rodearon los recuerdos. Su figura inmóvil, adusta, era una efigie ensimismada descifrando el oráculo de su memoria herida. Poco a poco los sonidos del mundo se apagaron. Entonces, Matilde sólo escuchó esos pasos. Sonoros, nítidos, vigorosos, los pasos subían por sus pies, por sus tobillos, por sus piernas. Y trepaban, le cruzaban el corazón una y otra vez, pisaban su pena, caminaban en su vientre y se detenían... se plegaban... se dormían despacio, muy despacio, en el nido de su útero marchito, pero aún tibio.

CRÓNICA DE UNA TRAICIÓN

Diana Irene Blanco

Él hubiera podido salvar al otro de la muerte. Pero no lo hizo. A decir verdad, no quiso. No hubo en su ser íntimo ni una fibra imperativa, ni una célula subterránea que diera la orden precisa, piadosa de torcer la fatalidad.

Un día como cualquiera que es cuando suceden los grandes hechos, el otro apareció en el barrio. Él hacía unos cuantos años, muchos, que ya se había ganado el respeto y el derecho natural a probar un bocado de las mesas sencillas de la gente que poblaba el barrio "Las Casuarinas". Gente buena con largos cansancios y mínimas alegrías, con mantel de migas y con guisos oscuros y dilatados.

Cuando el otro llegó no hizo más que odiar con todo el cuerpo, sus dientes fuertes, su musculatura tostada, su mirada clara y joven. Él, en cambio, había empezado a pelear con unas nubecillas azules que flotaban en sus pupilas y con cierto desgano que le acortaba, cada vez más, sus habituales paseos por las quintas doradas de melones y repletas de teros bullangueros. Ese desgano desconocido le fragmentaba el aliento y le entorpecía el paso.

El recién llegado había buscado abiertamente su amistad, la circunferencia húmeda de sus ojos y algún tema cómplice que tratar, pero él no pensaba ceder espacios, entonces, sólo mantuvo un saludo apenas visible y una urgencia vertiginosa hacia un lugar que no existía. Cuando lo cruzaba en alguna esquina adoptaba un gesto de ensimismamiento pegado a las baldosas grises de la vereda, entonces, el otro se perdía en la distancia como una mota de polvo barrida por el viento. Y fue, precisamente, en un día de viento, un día cualquiera, cuando se dan los grandes sucesos, que descubrió aquello. Había cruzado la plaza

a duras penas, el viento y la tierra le habían lastimado sus ojos viejos, en ese momento, llorosos y ardidos. Decidió en contra de su voluntad buscar alivio en la casa de Roberto, el empleado de telégrafos, un tipo raro y metódico como un reloj. La gente del pueblo hablaba poco y mal de él. Opinión que compartía porque tampoco le gustaba aquel hombre demasiado pálido, con una vena azul y abultada cruzándole la frente y unos ojos extraños y sin miedo. Obligado, entonces, por la tierra que le iba serruchando las pupilas enfermas con su arenilla invisible y obstinada, enderezó hacia la vivienda solitaria del oficinista. No tuvo necesidad de abrir la puertita de madera del cerco de entrada, ya el viento que doblegaba las pocas plantas del jardín, lo había hecho por él. Se detuvo cerca de la ventana iluminada de la cocina, allí crecía un pequeño arbusto que, azotado por el ventarrón, iba y venía en cachetazos interminables. Amparado por el vaivén de las ramas indefensas, pudo observar algo que sonó inmediatamente como una alarma lejana en algún punto recóndito de su cerebro. Aguzó como pudo, el resto de su visión y aguantó el ardor de las lágrimas.

El oficinista, bajo el círculo hiriente de la lámpara de luz, cortaba sobre la mesa vacía unos trozos brillantes y rojos de carne fresca y los colocaba con estudiado equilibrio en un plato blanco de loza cascada. Luego de controlar la sospechosa posición de aquellos trozos había esparcido sobre éstos, en liviana lluvia, un polvo fino y blancuzco que cayó blandamente y que desapareció pronto como absorbido con voracidad por la masa de aquella carne inoportunamente roja, otra vez.

Resolvió irse de allí, cuanto antes, pero a mitad de su intento decidió esconderse a unos pocos metros, detrás de la casilla cerrada del quiosco de diarios del rengueto Rascabuche quien yacía desde un mes atrás en una cama de hospital quebrado por una pulmonía. A los minutos

pudo ver cómo el oficinista salía a la puerta de calle, miraba a un lado y a otro y depositaba con sumo cuidado el plato blanco sobre el piso de tierra. Se había quedado en el escondite a esperar dos acontecimientos: que sus ojos ardidos se le aliviaran y que lo que había que suceder, sucediera.

Mientras tanto, la tarde inflamada por aquella borrasca gris y áspera iba envolviendo en una nube de ceniza plañidera todo cuanto tocaba. En eso había visto al otro aparecer repentinamente por la esquina próxima a la casa del oficinista. Venía aguantando el mal tiempo, arrasado por un viento definitivo. Él pudo, entonces, haber salido de su refugio, haberlo entretenido con algún pretexto, llevarlo lejos a unas cuantas cuabras de allí, a los terrenos del ferrocarril para ver sin apuro cómo la brisa salvaje de ese día despeinaba la cabellera rebelde de los pastos puna y a unos pocos pasos, observar las lagunas verdes y viscosas donde los muchachos del pueblo "cazaban" ranas con el barro y el agua chorreándoles desde la cintura. Pero no movió ni un músculo, hasta detuvo la última lágrima que bajaba de sus ojos gastados. Metió la cola entre las patas como si lo apaleara la voz de su conciencia y se fue para no mirar cómo el otro hundía su hocico famélico en la carne apetitosamente mortal donde aguardaba el veneno que le paralizaría la vida que le sobraba.

DIANA IRENE BLANCO

Nació en Eduardo Castex, La Pampa. Es maestra y profesora en Letras, egresada de la Universidad Nacional de La Pampa.

Su primer libro de poemas es "*El cántaro roto*" (1981), le siguen "*Mujeres*" (1988), "*Pródiga*" (1993) y "*Cuentos para la hora gris*" (1999).

Recibió numerosas distinciones de carácter provincial, nacional e internacional en poesía y cuento. Integra jurados literarios como así también diversas antologías con escritores de todo el país.

En el exterior se ha presentado con ponencias sobre la obra de la escritora pampeana Olga Orozco.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA

Ministerio de Cultura y Educación



GOBIERNO DE LA PAMPA

